

Homenaje al Dr. Joaquín de Salterain

Realizado en el H. Pereyra-Rossell
con motivo del 5.º aniversario de
su fallecimiento



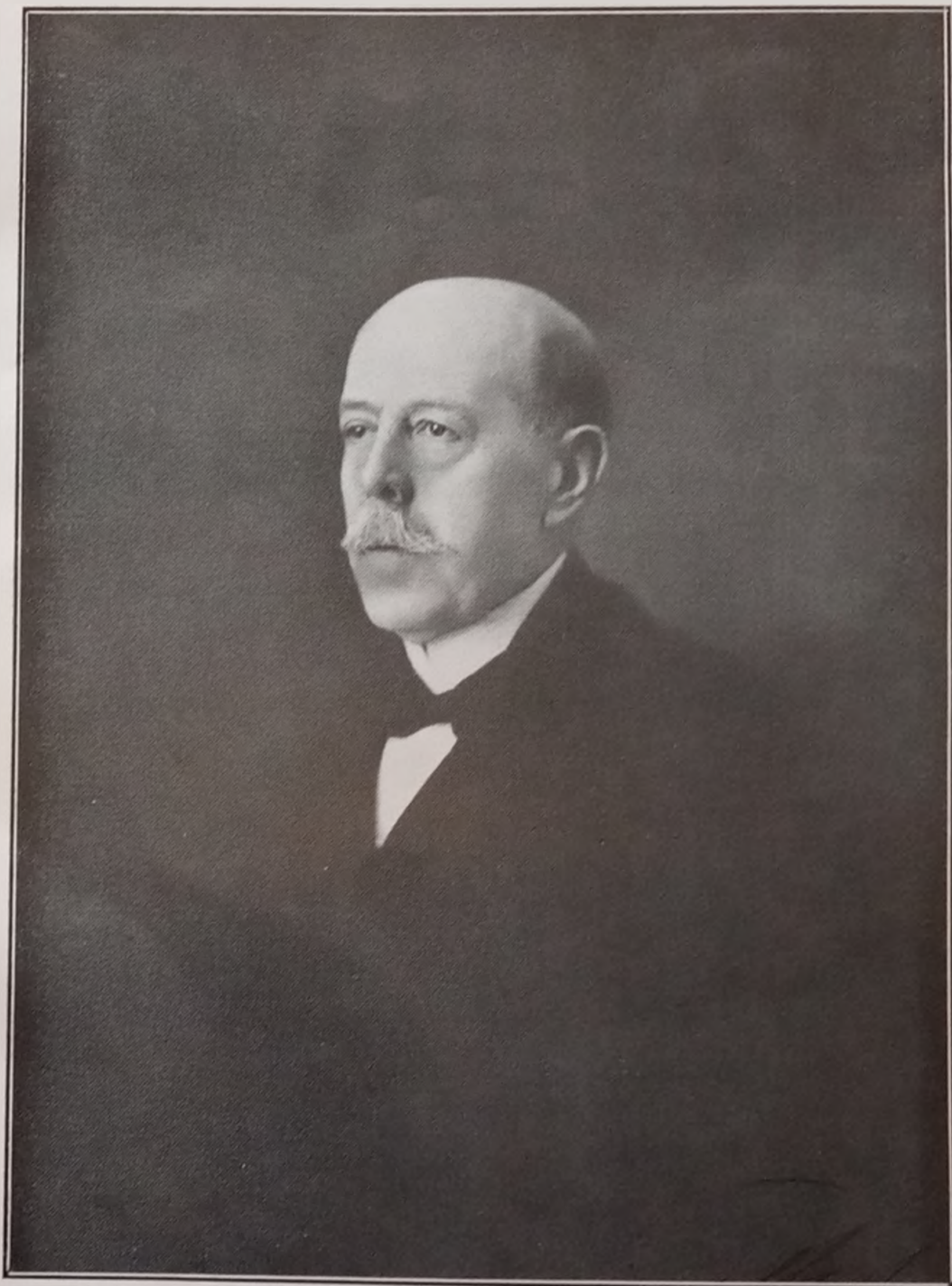
Placa colocada en la Policlínica Oftalmológica del
Hospital Pereyra-Rossell

MONTEVIDEO
Impresores: Urta y Curbelo
Soriano, 1023

1933

BN

1Ea
uy
SAL



Fallecido el 26 junio 1926.



124232

BIBLIOTECA

UY

La Comisión designada para proyectar un homenaje a la memoria del Dr. Joaquín de Salterain, con motivo del 5.º aniversario de su fallecimiento, realizó en el anfiteatro del Hospital Pereyra-Rossell un acto académico en que hablaron diversos oradores. Se proyectó así mismo, publicar los discursos pronunciados en dicho acto. Diversas causas motivaron el aplazamiento de dicho proyecto; pero debiendo realizarse con esta fecha el Homenaje que le tributa el Municipio de Montevideo, al designar una calle de la ciudad con el nombre de Dr. Joaquín de Salterain, hemos decidido llevarlo a la práctica con la publicación del siguiente folleto.

LA COMISION.

DATOS BIOGRAFICOS

El Dr. Joaquin de Salterain nació en Montevideo el 30 de Noviembre de 1856 y falleció en dicha ciudad el 25 de Junio de 1926.

Hizo sus primeros estudios en el colegio de los PP. Escolapios, en Barcelona, donde fué premiado como alumno destacado en el año 1873. Los continuó en Montevideo, en cuya Facultad de Medicina se graduó de médico en el año 1883. En el mismo año parte para Europa, becado por el Gobierno, a fin de perfeccionar sus estudios. Se dedica a la oftalmología, especializándose en esa rama de la medicina junto al Profesor libre de la Facultad de Medicina de París, Dr. Galezowski, que lo designa su jefe de clínica y a los profesores Panas y Wecker.

Vuelto a su patria, en el año 1886, abre inmediatamente su consultorio de oculista y una clínica para pobres costeada de su propio peculio.

En el año 1886 es designado oculista del Asilo de Huérfanos, donde inicia una tenaz lucha contra el tracoma, que se había propagado entre los asilados. Posteriormente, al fundarse el Hospital Pereyra Rossell, es designado para desempeñar, con carácter honorario, la Policlínica Oftalmológica de dicho Hospital, cargo que desempeñó hasta el día de su muerte.

Su actuación como funcionario público, excluyendo los cargos ya citados de índole exclusivamente médica, se inicia el año 1877 como auxiliar del Ministerio de Gobierno, pasando más tarde a secretario del Ministro. En el año 1878 es nombrado miembro de la Comisión Departamental de Instrucción Primaria y en el mismo año secretario de la Facultad de Medicina, siendo su primer secretario. En el año 1880 ocupó el cargo de miembro de la Dirección General de Instrucción Primaria y en el año 1896, miembro honorario del Consejo de Higiene.

Fué fundador y Director de la Oficina de Censo y Estadística Municipal y de la Biblioteca Municipal, a la que donó 3.000 volúmenes, cargos que desempeñó hasta 1924, en que fué designado Jefe de la Dirección de Salubridad.

Por repetidas veces ocupó bancas en el Parlamento Nacional, ya como Representante o como Senador, por los departamentos de Montevideo, Florida y Treinta y Tres, y durante la presidencia de Cuestas fué Ministro de Relaciones Exteriores.

Su lucha en defensa de la salud pública fué intensísima, ya como legislador o como miembro del Consejo de Higiene, ya fundando la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis en el año 1902 y la Liga Nacional contra el Alcoholismo en 1915.

Como hombre de letras, actuó en el periodismo en diversas épocas, siendo colaborador de "El Siglo" y "El Heraldó" y redactor de "La Revista Uruguaya", que fué clausurada por el presidente Varela debido a su propaganda patriótica. Publicó diversos volúmenes de poesías, de historia y de crítica literaria, entre los que podemos citar: "La Lira rota" (1879); "María" (1883); "Intimidades" (1911); "Sobre Motivos de Proteo" (1909); "Artigas" (1910); e infinidad de artículos y crónicas publicados en periódicos y revistas.

En el año 1900, fundó el Museo Histórico Nacional.

Tuvo el honor de ser designado miembro de diversas instituciones extranjeras, y fué así miembro de la Sociedad Internacional de Estadística, miembro activo del Instituto de Estadística de Londres, miembro de la Sociedad Francesa de Oftalmología, corresponsal del Museo Nacional de Rio de Janeiro, corresponsal de la Sociedad Argentina de Higiene, Oficial de la Legión de Honor en 1898 y Comendador de la misma, en 1925.

Su publicación científica es muy extensa y está dispersa en folletos y artículos publicados en revistas nacionales y extranjeras. Entre otros citaremos un folleto titulado "Estudios médicos" (1885), dividido en tres partes, tituladas: "Técnica microscópica del ojo", "Contribución al estudio de la oftalmía purulenta del recién nacido" y "Notas sobre cirugía"; "A propósito de un caso de oxicefalia" (1917); "Sarcoma corioideo en un niño" (1918); "Ciegos de nacimiento curados" (1919); "Zona oftálmico en una niña" (1920); "Amaurosis histérica" (1920); diversos trabajos sobre demografía y estadística, como "Contribución al estudio de la epidemiología en el Uruguay" (1923); "Apuntes de demografía del Uruguay" (1903); "Demografía del Depto. del Salto" (1904); "Mortalidad de la Ciudad de Montevideo durante diez años, hasta 1900"; diversos folletos de colaboración y propaganda a la lucha contra la Tuberculosis y el Alcoholismo y además dos folletos titulados "El Ministerio de Salud Pública" y "Proyecto para instituto para ciegos".

Discurso pronunciado por el Doctor Luis Morquio Presidente del Comité de Homenaje

Señoras y señores:

El 25 de Junio de 1926, se extinguía la vida de un hombre lleno de méritos y de virtudes. Hoy cumplen 5 años de la muerte del Dr. Joaquín de Salterain, médico filántropo, en la más alta y noble expresión del pensamiento.

A medida que pasa el tiempo, la personalidad tan humana del malogrado colega, crece en el concepto de sus amigos, y de todos aquellos que saben aquilatar el valor intelectual y moral de quien hizo de su vida un noble apostolado, prodigando a manos llenas sus energías y sus entusiasmos por la causa del bien, mitigando el dolor ajeno con su ciencia y con las exquisiteces de su espíritu selecto.

Por eso estamos aquí, para recordar esta fecha memorable y para fijar definitivamente en estas paredes, que durante 20 años fueron testigos de su actuación generosa, el recuerdo a que se ha hecho acreedor.

Vivimos horas de decepción, de desfallecimiento moral, por eso está bien que nos detengamos un momento ante la memoria de un hombre que fué todo desinterés, todo abnegación, caballero del ideal, hasta el último instante de su vida.

Que me sea permitido recordar algunas palabras que el Dr. Salterain pronunció con motivo de un homenaje a un colega, donde se refleja su contextura moral y la nobleza de sus sentimientos:

“Cuando se lucha por un ideal generoso, y en su búsqueda se menosprecian los éxitos vulgares, se prescinde de halagar las preocupaciones de las multitudes, se desdeña el culto de los idólos de barro y se desbroza la hojarasca de la ruta, con la tenacidad de los convencidos, es porque se tienen fuerzas superiores y alas para volar. Cuando se sube sin arrastrarse y se llega sin envilecerse, cuando los ojos se velan a la ingratitud y se abren a los horizontes de la investigación atrayente, seductora, voluptuosa, el sufrimiento se redime, la angustia se silencia, y el pensamiento se dilata, al igual de los espacios celestes, con la diafanidad de la aurora.

“¡Vida útil, vida intensa y fecunda, la del porfiado que cava en la pampa de granito inmensa y rebelde, abre surcos inexplorados, múltiples y profundos, y esparce en ellos la simiente que los tiempos futuros se encargarán de hacer germinar.”

Nunca mejor aplicadas estas bellas palabras, que para recordar sum isma vida, ejemplo de nobles acciones y de nobles esfuerzos, que fueron llevando su personalidad hasta consagrarlo uno de los más representativos y más dignos de nuestro país.

Trabajador tenaz, incansable, fué ascendiendo gradualmente a todas las posiciones, por sus méritos y por sus virtudes, y en todas partes dejó el sello inconfundible de su inteligencia y de su hombría de bien. Espíritu observador y estudioso, su perfeccionamiento fué su preocupación dominante, para ser más útil, para servir mejor la causa humanitaria, entregándole todo su tiempo, todo su bienestar, sin más recompensa que la satisfacción de haber realizado una obra generosa y altruista.

Así lo vemos, apenas llegado de París, después de una estada de varios años, donde se había especializado en las enfermedades de la vista al lado de los grandes maestros de la época, que lo distinguieron por sus relevantes condiciones de inteligencia y de laboriosidad, organizar una Policlínica para enfermos pobres, que era la única existente en el país, y donde acudían, además, los médicos y futuros médicos, a recoger sus enseñanzas de Oftalmología, porque todavía ese estudio no se había iniciado en nuestra Facultad de Medicina. Allí fuimos repetidas veces, y tanto como alabábamos el desinterés y el altruismo del Dr. Salterain, atendiendo gratuitamente los numerosos enfermos que allí acudían, apreciábamos sus grandes condiciones clínicas y técnicas, su considerable saber y su gran sentido práctico, que ha sido una de sus características que cimentaron su reputación indiscutida.

Sus actividades diversas y multiformes se reflejan en libros, memorias, numerosas publicaciones y comunicaciones del más alto valor a las Sociedades Médicas del país y del extranjero.

Todo el tiempo que le deja libre su especialidad lo dedica a una obra eminentemente social, luchando contra los males que afectan a la colectividad, como la tuberculosis, el alcoholismo, la profilaxis de la ceguera, la protección a la infancia, la mortalidad general, etc.

Apasionado por el valor comparativo de los números, creó la Oficina Municipal de Estadística, que dirigió honorariamente con la mayor dedicación, y publicando periódicamente un Boletín donde se consignaban los datos demográficos y estadísticos del mayor interés.

Perteneció a la Facultad de Medicina en la época de su fundación, habiéndole cabido el honor de ser su primer Secretario.

Formó parte de la Comisión Nacional de Caridad, institución que precedió a la actual Asistencia Pública, y como delegado de aquélla, tuvo una participación muy importante en las reformas que se hicieron en el Asilo de Expósitos y Huérfanos, en beneficio de esos niños desgraciados.

Formó parte del Consejo de Higiene donde su versación en los problemas de higiene y su interés por la salud pública se manifestara en una colaboración beneficiosa y en iniciativas útiles para la colectividad.

Integró la Municipalidad de esta Capital, como Director de Salubridad, donde lo habían llevado sus importantes servicios a la institución y a la causa del bien público, y cuando mucho había que esperar de sus actividades y de su dedicación, lo sorprendió la enfermedad y la muerte.

Fué uno de los fundadores de la Sociedad de Medicina, tomando durante varios años, una parte muy activa en sus reuniones científicas, donde se gestaban las primeras manifestaciones de nuestra Medicina Nacional.

Fundó el Museo Histórico, iniciativa del más alto interés patriótico, donde las generaciones venideras encontrarán en forma objetiva y documentada las expresiones más elocuentes y los recuerdos más sentidos de la Historia Nacional.

Fundó la Policlínica Oftalmológica del Hospital Pereyra Rossell, donde actuó hasta el fin de su vida. He tenido siempre la satisfacción de haber contribuido a esa designación, porque el Dr. Salterain ha sido un modelo de Médico de Hospital y ha dejado allí, una obra inolvidable, por su valor como especialista y por todo lo que significa sus condiciones de médico altruista y generoso. Con asiduidad ejemplar, con dedicación entusiasta, luchando en un medio lleno de deficiencias, organizó un Servicio donde atendía personalmente a numerosos niños enfermos de la vista, que acudían de todas partes, atraídos por su pericia y por las simpatías que despertaba, prodigando ciencia y conciencia con amabilidad y cariño, para salvarlos de los peli-

gros de que estaban amenazados y que podían representar la obscuridad perpetua. Nos parece verlo todavía arrastrando sus achaques y sufrimientos, concurrir religiosamente a sus obligaciones, faltando solamente cuando la enfermedad le obligaba a guardar cama; recordamos sus últimas visitas al Hospital pocos días antes de su muerte, en que había que ayudarlo a descender del carruaje y acompañarlo entre dos personas, hasta su silla de trabajo, tembloroso, demacrado, denunciando su grave enfermedad, pero conservando toda su energía para continuar impertérrito, firme en la brecha, cumpliendo su misión hasta caer vencido.

Sus funciones públicas de Senador, Diputado, Consejero, Ministro, que ejerció con la mayor honestidad y con el mayor respeto de sus mismos adversarios políticos, no le impidieron nunca continuar su acción médica y filantrópica, en la misma forma de siempre, con la misma vocación, con el mismo desinterés, porque representaba la esencia de sus sentimientos y de sus finalidades humanitarias.

Pero su obra culminante, fué la campaña antituberculosa, que bastaría por sí sola para consagrarlo como un benefactor. ¿Quién no recuerda el entusiasmo desplegado en aquellos días ya lejanos, viviendo en una actividad febril, en un medio indiferente, no preparado para comprender la significación y nobleza de esos esfuerzos? Nada se hacía para detener la marcha mortífera del más terrible de los flagelos humanos, que las estadísticas acusaban cifras aterradoras. Aun cuando mucho tenemos que hacer todavía, dada la gravedad del mal y su enorme difusión, es lo cierto que el Dr. Salterain fué el primero que dió el grito de alarma, despertando la conciencia pública, en conferencias y en publicaciones que culminaron en la fundación de la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis y en una suscripción pública de los más espléndidos resultados, que fueron el punto de partida de la propaganda y de la acción contra esta enfermedad, que afecta tan profundamente a la salud de la población. Con justicia el edificio central de la Institución, ostenta en su frente el nombre de su ilustre y benemérito fundador.

La Asistencia Pública resolvió, a su muerte, dar el nombre del Dr. Joaquín de Salterain al servicio oftalmológico de este Hospital, como justiciero homenaje a su fundador, a su organizador, y es allí donde se fijará la placa que descubrimos en este acto, que servirá para perpetuar, conjuntamente con su nombre, su obra meritoria.

La Sociedad de Pediatría de Montevideo, de la cual formaba parte desde su fundación, y que él contribuyó a prestigiar con valiosas comunicaciones, se ha dirigido hace algún tiempo a la Municipalidad pidiendo que se dé el nombre del Dr. Joaquín de Salterain a una calle de la ciudad, como reconocimiento público a uno de los buenos benefactores de la salud del pueblo. No dudamos de que ese acto de justicia no tardará en producirse como un homenaje a quien ha hecho de su ciencia y de su vida un noble y elevado apostolado.

Ha sido, pues, no sólo el médico hábil, modelo de honestidad y de abnegación, no sólo el sabio especialista, no sólo el escritor ilustre, sino el médico sociólogo, el médico patriótico y humanitario, en su más lata y en su más noble expresión.

Si la acción fecunda, constructiva y múltiple del Dr. Salterain, ha sido de grande eficacia, es debido al equilibrio y admirable consorcio de sus grandes y fuertes cualidades intelectuales, con sus hermosas consideraciones morales, las que unidas hacen de su personalidad el ciudadano íntegro, el médico bendecido, el escritor respetado, el organizador, el funcionario, que ha dejado tras de sí la estela luminosa de su bondad y de sus cualidades superiores.

Discurso pronunciado por el Doctor Eduardo Blanco Acevedo, Presidente del Consejo de Salud Pública

Señores:

Vengo a inclinarme con respeto ante la memoria de un hombre excepcional, de un médico y de un gran ciudadano, que si por su ejemplar modestia evitó la pompa y el elogio, supo elevarse por su talento y su probidad, dentro de su generación, una de las más hermosas que ha tenido la República, hasta perfilar una inconfundible personalidad moral, que las más crueles luchas respetaron y que el tiempo engrandecerá cada vez más.

El Dr. Joaquín de Salterain ha realizado en su admirable vida las etapas que el alto ideal de uno de los más grandes genios de la medicina aspiraba a inculcar en la juventud.

A las tres hondas preguntas: ¿Qué has hecho por tí mismo? ¿Qué has hecho por tu país? ¿Que has hecho por la humanidad?, Joaquín de Salterain pudo responder que como incansable peregrino del bien, se había dado sin límites a la abnegación, había honrado a su patria y había servido a la solidaridad humana.

Después de conquistar brillantemente sus grados universitarios en Montevideo, realiza un viaje de estudios médicos a Francia y ese medio superior de gran cultura, de escrupulosa verdad y de justicia intelectual, deja una huella profunda en su espíritu.

Los más indiscutidos maestros de la oftalmología, reconocen en él el discípulo de vivacidad inquieta que siente la angustia del saber y la pasión de la ciencia. Así el joven extranjero adquiere una situación de privilegio y conquista, por la calidad de su labor, un puesto de primera fila en el aula en que se gesta la nueva escuela oftalmológica francesa.

En posesión de una singular competencia en su especialidad médica vuelve al país. Al iniciarse en su profesión sabe que dos caminos se abren para su porvenir: el de actuar dominado por ambiciones materiales, o el de cultivar su sensibilidad generosa capaz de enriquecer su espíritu, ya ennoblecido por el saber.

Es este camino el que elige y la serenidad de su frente decía que lo había recorrido hasta el fin.

Su renombre se extiende por la ciudad: es un gran médico, pero también es un noble corazón. Su filantropía se hace proverbial. Podría pues, responder que había puesto su ciencia y su trabajo al servicio de sus virtudes y que ningún mezquino interés, sombreó su saber generoso, ni desvió su cultura desinteresada.

En la Roma antigua los hombres de pensamiento y de acción, guardaban para entregar a la República, una gran parte de su capacidad de esfuerzo, cumpliendo así un deber patricio. Joaquín de Salterain procedió de igual modo y encontrándose poseedor de un caudal de posibilidades intelectuales y dinámicas, no quiso consagrarlo con avaricia para sí mismo, y sin medida, ni precio, lo entregó a su país.

Cuando el pueblo se irguió en defensa de grandes ideales, él estuvo entre los primeros, cuando en horas graves se recurrió a su valor cívico, respondió con firmeza, cuando se le llamó a compartir las cargas del poder, actuó con dignidad y altura. Pero su vocación y su amor lo llevaban a unirse con el pueblo en sus dolores y en sus esperanzas, como acaso sólo puede hacerlo un médico; a no separarse de sus enfermos, que lo veían llegar con respeto y con gratitud y más tarde, con indecible emoción, cuando sus fuerzas físicas lo traicionaban y su mirada bondadosa parecía abarcar ya la eternidad.

Tuvo el concepto justo, basado en la ciencia estadística, que cultivó con fe y escrupulosidad admirables, de las necesidades nacionales en materia de salud pública. Comprendió que una de las mejores maneras de afianzar la grandeza de la nación es librar al pueblo del yugo de la enfermedad. Concibió con intuición la cruzada contra la tuberculosis, terrible enfermedad de los pueblos, contra las intoxicaciones, contra todas las plagas que comprometen el capital social. Abogó porque el Estado ejerciera su misión en esas luchas por la salud colectiva y como sus iniciativas no se tradujeran, a pesar del beneplácito con que eran recibidas, en realizaciones oficiales, aquel hombre, físicamente débil, casi transparente, consumido por una llama interior de pureza y de ideal, encontró fuerzas insospechadas para conmover el ambiente nacional, siempre esquivo para la comprensión del problema sanitario, con una magnífica y sostenida acción de propaganda y de doctrina que por ella sola lo consagra como un benemérito precursor del servicio social.

Y así, el doctor Joaquín de Salterain que se había elevado hasta constituir una noble personalidad de saber y altruismo — que había servido a su país como médico, como ciudadano y como higienista — cumplió también sus deberes de solidaridad humana, ofreciendo su vida entera al servicio de la fraternidad y de la justicia, en una armonía superior, soñada por su espíritu científico y su noble inspiración de artista.

Al inclinarme hoy ante la evocación de su memoria en nombre del Consejo de Salud Pública, al tributar en su representación, el merecido homenaje al maestro, al ciudadano, al médico, lo hago con profunda emoción, que sería inútil pretendiera ocultar porque yo también debía mi homenaje personal a quien desde mi infancia vi llegar a la vieja casa, como amigo noble y cordial!

Discurso pronunciado por el Dr. Julio A. Bauzá, Presidente de la Sociedad de Pediatría de Montevideo

Señoras, señores:

No pude menos de experimentar una cierta inquietud, cuando se me hizo saber que, en nombre de la Sociedad de Pediatría, debía hacer uso de la palabra, en este acto recordatorio que celebramos, en homenaje a la memoria de nuestro esclarecido Maestro, el Dr. Joaquín de Salterain.

Esta inquietud es bien explicable, por cuanto no es para nadie tarea fácil el expresar en este momento, con la brillantez que correspondería, la faceta pediátrica de su personalidad excepcional.

El Dr. Joaquín de Salterain se incorporó a la Sociedad de Pediatría inmediatamente de constituida, siendo, por tanto, uno de sus socios fundadores, conjuntamente con los que en esa época constituíamos, el cuerpo médico del Hospital de Niños "Pereira-Rossell".

Su interés por la ciencia le hacía concurrir asiduamente a las sesiones que periódicamente se celebraban y su intervención en el debate, cuando el tema rozaba a su especialidad, resultaba siempre instructiva para todos. Al vérselo, escuchando atentamente la lectura de las comunicaciones, no podía menos que admirarse la energía de su espíritu privilegiado, conjuntamente con ese su temperamento ávido de estudio, que lo llevaba a la consideración de temas, a veces alejados de la especialidad a la que dedicara lo mejor de sus entusiasmos.

Colocándose siempre voluntariamente en el plano de mayor sacrificio, en lo referente a sus obligaciones profesionales, el Dr. de Salterain, en un ininterrumpido apostolado, concurría puntualmente al Hospital de Niños, dedicándose por entero a la generosa tarea de aliviar o de curar a sus enfermitos, constituyendo, para sus contemporáneos, un magnífico y enaltecedor ejemplo, y dejando a los que le siguieron, algo así como una estela luminosa, como un derrotero inalterable de lo que debe ser el cumplimiento del deber.

El Dr. de Salterain, cuya personalidad parecía tallada en el más puro cristal de roca, presentaba todas las facetas de una singular pu-

reza, constituyendo en el seno de la Sociedad de Pediatría una figura de alto relieve.

Sus comunicaciones sobre el ectropión congénito, sobre encefaloceles de la órbita, sobre oxicefalia, para no citar sino algunas de las más importantes, presentadas en forma impecable por su exactitud, revelando un profundo conocimiento del tema, fueron siempre escuchadas con especial interés, porque si agradable resultaba por la expresión de verdad indiscutible que poseía su palabra, cautivaba igualmente por la elegancia y energía que comunicaba a la misma.

En línea paralela, o tal vez mismo por encima de su acción como hombre de ciencia, merece colocarse su obra como médico humanitario. Enseñó que la medicina, que la ciencia de curar, no se ejerce solamente con un lápiz y una hoja de papel, sino también mediante la palabra persuasiva y bondadosa, que inspira en la madre la confianza en el tratamiento aconsejado. Y éstas, ante ese espíritu tan profundamente humano y conocedor de la psicología de los humildes, escuchaban sus palabras como si fueran proféticas.

Recuerdo una mañana en que llevé a su presencia a un niño afectado de catarata congénita, para quien, a pesar de sus 8 años, su vida era todavía una noche perpetua. El semblante del Dr. de Salterain se iluminó, cuando al confirmar el diagnóstico, entrevió la posibilidad de llegar todavía a tiempo para devolverle la vista, como lo consiguió después de una hábil operación.

Fué el 18 de marzo de 1926, cuando el Dr. de Salterain asistió por última vez a la reunión que se celebraba ese día. El Presidente y fundador de la Sociedad Dr. Morquio se reincorporaba a la Sociedad en esa reunión, después de regresar de un viaje a Europa, y el Dr. de Salterain debió realizar, ya seriamente enfermo, un gran esfuerzo para concurrir a dar la bienvenida a su noble amigo.

Cuando unos meses más tarde, hace hoy cinco años, el Dr. de Salterain nos dejó para siempre, privándonos eternamente de su trato exquisito y caballeresco, nos pareció que por lo menos quedaba en la Sociedad de Pediatría, el recuerdo de su espíritu culto y sereno y que este recuerdo, no obstante el tiempo transcurrido, continuaría flotando en el ambiente, como la mejor herencia de sus altos valores como hombre de ciencia y como profesional.

Hombres hay, que pasan la vida sin sembrar afectos, no obstante cumplir como los mejores, sus deberes de amor y solidaridad hacia sus semejantes. Pero hay otros, indudablemente mejor dotados, que como

el Dr. de Salterain, han poseído el don de despertar el mismo espíritu de justicia y de reconocimiento que ellos mismos abrigaron en el más alto grado, hacia los demás. Sus contemporáneos, al reconocer en él, las características de un apóstol por su obra en favor del bienestar social, le tienen erigido, en su corazón, un monumento consagratorio a su memoria.

En mis primeras incursiones por el campo de los estudios demográficos, más de una vez visité en su hospitalaria casa al Dr. de Salterain; ya para pedirle un consejo, para expresarle una idea o una duda, recibiendo siempre de sus labios palabras de aliento, y de entusiasmo para continuar estudios en los que uníamos paralelos entusiasmos. Su trabajo sobre la "Mortalidad Infantil en el Uruguay", es uno de los más completos que se han publicado en nuestro país por el largo período de tiempo que comprende.

Señores: Al honrar hoy la memoria del Dr. de Salterain, rendimos un homenaje a una gran figura de la ciencia y de la filantropía nacional. Si como oftalmólogo del Hospital de Niños, sus destellos irradiaron en el seno de la Sociedad de Pediatría, si su valor científico lo recordamos todos aquellos de nosotros que en un período anterior a los últimos cinco años asistimos a las sesiones desde los escaños de su anfiteatro, no debemos dejar de mencionar en este instante, el interés que el Dr. de Salterain siempre demostró por la medicina social, a la que consideraba como un complemento indispensable de la medicina científica. De aquí que mirase siempre con simpatía, y aplaudiese con calor toda obra buena, pública como privada, que significase un beneficio para la sociedad. Contaba, justo es mencionarlo, con la cooperación generosa de su distinguida esposa, corazón abierto a las más nobles iniciativas y de sus hijas, que heredaron sus mismos nobles sentimientos.

Señores: La Sociedad de Pediatría, al adherirse a este homenaje a la memoria de su querido consocio, que dignamente representaba la oftalmología en el niño, manifiesta, por mi intermedio, su cálido reconocimiento a quien supo honrarla con las luces de su esclarecido talento y con la diáfana luminosidad de su espíritu selecto.

Discurso pronunciado por el Dr. Alberto Vázquez Barriere, Presidente de la Sociedad de Oftalmología de Montevideo

Señoras, señores:

La Sociedad de Oftalmología considera este acto como una cita de honor. No podía faltar en este homenaje recordatorio, su tributo de admiración y de respeto a la memoria de aquel esclarecido espíritu, de aquel ciudadano ejemplar, de aquel médico eminente y generoso, de aquel gran corazón que fué el Dr. Joaquín de Salterain.

Mantener vivo el recuerdo de los grandes espíritus que han honrado a la humanidad con sus virtudes, avivar el fuego sagrado que supieron encender en su existencia esas almas nobles, y prolongar al través de las generaciones la estela luminosa que dejaron en su paso por la vida, no sólo es obra de justicia y de gratitud a la que nos sentimos obligados los que recibimos el fruto de sus enseñanzas y la vivificante sugestión de su entusiasmo; es también obra altamente salubre y educativa, que ha de plasmar con el ejemplo reconfortante, la moral y el carácter de las nuevas generaciones.

La vida del Doctor Joaquín de Salterain es de estas vidas plenas de belleza y de armonía, en las que todas las más nobles manifestaciones del espíritu encontraron amplio y equilibrado desarrollo, y en las que la contemplación desinteresada del ideal no es obstáculo a la actividad fecunda y noble del hombre de acción que no ha perdido su contacto con la realidad desoladora de la vida.

El supo, como dice el Maestro de Ariel, "cincelar las cuatro faces de su alma". Y lo hizo primorosamente, con el amor del artista, con la unción del poeta que él mismo fué.

Fué hombre de ciencia y médico, en el sentido más amplio del vocablo, en la acepción más elevada de lo que estas palabras significan: un gran cerebro y un gran corazón hermanados en íntima amalgama.

Al dominio absoluto de su arte, unió las altas cualidades espirituales que lo dignifican, y lo prodigan sin retaceos.

El tesoro de su ciencia y la mágica habilidad de sus manos, no representaron para él más que un nuevo medio de hacer el bien, y de realizar su ideal de amor y de justicia entre los hombres.

Seguramente jamás se apercibió de que la Diosa Fortuna, sentada a la vera de su senda, lo esperó en vano, y lo vió seguir de largo, insensible a sus halagos.

Impulsado por un dinamismo extraordinario que lo arrastró siempre más allá de los límites de la disciplina médica de sus preferencias, se interesó vivamente por todos los grandes problemas de interés nacional, relacionados con la higiene pública y la medicina social, culminando su obra de filántropo y hombre de acción, en la realización de obras de tan vasto aliento y de proyecciones tan benéficas, como lo son la Liga Uruguay contra la Tuberculosis, y la Liga contra el Alcoholismo, monumentos vivientes que han de perpetuar al través de los tiempos futuros, el impulso generoso de aquel gran corazón que les dió vida.

No menos admirable y elevada fué su actuación en la vida pública y su conducta en las altas posiciones a las que llevara el voto de sus conciudadanos o la buena inspiración de los gobernantes.

En ese ambiente tan propicio a la claudicación, verdadera piedra de toque de las conciencias, supo mantener incólume su recia estructura moral, la inquebrantable rectitud de sus principios, y la altiva independencia de su carácter.

Fué poeta, y lo fué por natural espontaneidad de su temperamento, por necesidad de su espíritu abierto a la irradiación de la belleza; y fué también prosista de alto vuelo, que supo volcar el concepto profundo y la idea luminosa, en el cáliz diáfano de su estilo.

Los que tuvimos la dicha de disfrutar de su amistad, y el honor de ser distinguidos con su afecto, jamás podremos olvidar aquel cautivante influjo de simpatía, aquel sutil encanto que irradiaba de su persona, de la expresión siempre serena y noble de su rostro, de la invariable dignidad de su gesto, de la exquisita fineza de su trato, de su palabra entusiasta, cálida e insinuante.

Tal fué el hombre que, hace hoy cinco años, descendiera a la tumba cubierto por las flores que sobre sus despojos depositara nuestro dolor y nuestro afecto.

Nuestra Sociedad de Oftalmología, aunque nacida después de la lamentable desaparición del ilustre Maestro, se siente estrechamente vinculada a su memoria en la realización de un anhelo que también fué el suyo: la mutua cooperación en la doble obra de perfeccionamiento moral e intelectual de la clase médica.

Su espíritu continuará viviendo entre nosotros: él será nuestro código y nuestro blasón.

Discurso pronunciado por el Dr. V. Escardó y Anaya en nombre del Sindicato Médico del Uruguay

El Sindicato Médico del Uruguay no podía faltar en este acto solemne de recordación y de justicia.

Los oradores que me han precedido han elogiado al Dr. Salterain poniendo de manifiesto sus relevantes condiciones de médico, de ciudadano, de amigo. Poco podría agregar yo a esa espléndida corona tejida por el reconocimiento y por el afecto.

Pero recordando que Salterain fué miembro del primer Consejo Arbitral de nuestro Sindicato Médico, quiero decir una palabra ya que aquél encarna el prototipo del médico generoso, amplio, desinteresado, de alma grande y transparente.

El Sindicato Médico, señores, propende al mejoramiento de la familia médica en forma colectiva y personal. El desea que cada uno de nosotros haciendo honor a una clase que debe ser destacada y a la que deben acompañar sólidas virtudes que lo acerquen al maestro, al padre, al sacerdote, acreciente las virtudes centrales que todos esperan del médico y que todos nosotros debiéramos tener.

Yo prestando en este momento de la faz científica de la que no me ocuparé. Pero el médico debe ser generoso, altruista, desinteresado, caballero.

Y Salterain fué modelo de todo esto. Su desinterés lo hizo el candidato obligado de los puestos honorarios, en los que se dió de lleno, poniendo su inteligencia y lo que es más su alma al estricto cumplimiento de su deber. Fué generoso, no hizo fortuna, a pesar de haber desfilado por su consultorio lo mejor de Montevideo; fué caballero; sus maneras eran las de un gran señor cuyos labios no se manchan con habladerías ni indirectas; fué bueno: en esta Policlínica Oftalmológica de este Hospital donde esta placa recordará su actuación, lo hemos visto muchas veces luchando y nos ha comunicado en más de una ocasión sus sentimientos delicados cuando a pesar de sus esfuerzos no podía devolver la vista a un niño...

Señores, el Sindicato Médico del Uruguay cuando quiera hablar a las generaciones jóvenes de desinterés, de bondad, de amor, cuando desee evocar la memoria del médico perfecto, de estructura moral inconfundible, le presentará la figura de Joaquín de Salterain, seguro de que en el estudio de su vida y en el acercamiento a su alma encontrarán los jóvenes una fuente inagotable de virtudes que conocer y de ejemplos que imitar.

Y si me permitís una palabra más para terminar, os quiero decir por qué Salterain conservó ese espíritu que todos los que le conocimos admiramos.

Porque, por encima del médico, del ciudadano, y del caballero, había en Salterain un poeta, que en su juventud enriqueció el Parnaso Nacional con escogidas poesías, pero que conservó hasta su muerte ese espiritualismo que levanta y dignifica, y que en medio de los duros realismos de la vida que el médico toca día a día, le permite poner una nota de alegría, de lirismo, mirando el alma de las cosas y pensando que aun en medio de las mayores contrariedades y congojas debe el hombre tener y conservar esa fuerza ascensional que da la poesía, el amor, todo lo que en el mundo es bueno, generoso, elevador.

He dicho.

Discurso pronunciado por el Dr. Carlos María Berro, Jefe del Servicio Oftalmológico del Hospital Pereyra-Rossell

Señoras, señores:

En la leyenda que ostenta la placa redactada por el Dr. Zorrilla de San Martín, y que será colocada en la policlínica oftalmológica de este Hospital, que el Dr. Salterain fundara y dirigiera durante diez y siete años, y que está actualmente a mi cargo, existe un concepto que tiene refiriéndose a él, todo el valor de un símbolo. Dice en ella: su vida ejemplar.

De pocos hombres podría hablarse con más justicia de vida ejemplar, que del Dr. Joaquín de Salterain. Quien como yo tuvo la inmensa suerte de ser su discípulo y su ayudante durante varios años, puede decir con plena conciencia que aquel hombre era un ejemplo de talento, de virtud y de amor a sus enfermos.

Jóvenes estudiantes: para vosotros, los que sentís las rebeldías que despiertan al chocar brutalmente con las realidades de la vida las ideas grandes, las ideas nobles; para vosotros principalmente quisiera yo saber trazar con exactitud el retrato moral de esa gran figura, que supo llegar al final de su vida poseyendo los idealismos de un joven y la tolerancia de un viejo. Quisiera trazar un cuadro que os hiciera conocer y apreciar la grandeza de su alma tal como yo la pude conocer y tal como la siento.

Es verdad que para igualar ese ejemplo de vida sería menester poseer las grandes cualidades de que estaba dotado y que muy rara vez se hermanan en una misma persona para dar seres de excepción. Pero esto no es un inconveniente, es más bien una ventaja, pues cuanto más grande sea el modelo, cuanto más difícil de igualar, tanto mayor será el esfuerzo que tendremos que hacer para imitarlo, y mayor será el provecho que saquemos de su imitación.

Dije que fué un talento, y sólo me falta agregar que fué un talento dedicado al bien y a las causas nobles. Su clara inteligencia puesta al servicio de la oftalmología, unida a un profundo amor al estudio, hizo de él un verdadero hombre de ciencia.

No me detendré a analizar su obra científica, ya lo han hecho otros oradores. Sólo diré, que dejó concepciones tan importantes como su procedimiento para curar la oftalmía purulenta de los recién naci-

dos, al que deben la vista cientos de niños. Su reputación entre sus colegas era inmejorable; era un oculista de consulta al que se recurría en los casos más difíciles.

Pero su poderosa mentalidad era capaz de abarcar las más diversas manifestaciones del espíritu y al mismo tiempo que un médico eminente le permitió ser un político de nota, que honró al país desde altos puestos públicos y un delicado poeta cuya lira vibró siempre para cantar los más puros sentimientos.

Dije que era un ejemplo de virtud y de amor a sus semejantes; fué, además, un carácter. Su corazón estuvo siempre abierto a todos los sentimientos nobles, y herméticamente cerrado a todas las pasiones egoístas.

Fué de una generosidad sin límites, mostrando una especial complacencia en prodigar sus conocimientos médicos a aquellos que menos podían retribuírselo. No se contentaba con asistir a los enfermos del Hospital con especial dedicación, sino que trataba de averiguar sus miserias y dolores para prestarles auxilio y darles consuelo. Su corazón hipersensible no podía ver el dolor sin afectarse, pero no huía de él como los débiles, sino que luchaba para mitigarlo como hacen los fuertes. Tenía un alma de apóstol y allí donde encontraba un ser enfermo y vicioso que necesitaba junto a los remedios para el cuerpo, los consejos para el espíritu, emprendía con optimismo la tarea de su regeneración moral.

Es necesario decir la conciencia y el amor con que asistía a sus enfermos y cómo lo preocupaba la marcha de sus dolencias y cómo se afectaba cuando a pesar de sus cuidados la ciencia fracasaba. Recuerdo, cuando ya gravemente enfermo, me interrogaba minuciosamente, desde su lecho, sobre el estado de los enfermos que él había dejado graves.

Cómo se sublevaba aquel espíritu recto cuando tenía conocimiento de algún hecho realizado por un colega que no se ajustaba a la norma de conducta con que debe proceder un médico. Y aquel hombre eminentemente sentimental poseía un recio carácter, incapaz de doblegarse ante nada y ante nadie, cuando se intentaba desviarlo del camino recto de la honestidad más intachable. De Salterain puede afirmarse lo que de muy pocos hombres, quizá: jamás claudicó en lo más mínimo, jamás acalló su conciencia para dar paso a una acción, a un sentimiento egoísta. Las pasiones mezquinas no tenían cabida en su corazón; era un hombre que habiendo vivido tanto no tenía odios para nadie. No

sabía ni quería odiar. Recuerdo que una vez, alguien, le había hecho una felonía; él conocía el hecho pero ignoraba el autor, y como yo le dijera que sabía su nombre me contestó: "no me lo diga, prefiero ignorarlo porque temería odiarlo".

Victima desde hacía años de una terrible dolencia, supo sobreponerse a ella, y con un carácter único, él, que como médico no ignoraba nada, tuvo energías para continuar su vida activa y prodigarse por la salud de sus semejantes. Era un estoico, tan despiadado con sus propios dolores como compasivo con los ajenos. Se diría que tenía el pudor de sus sufrimientos. Le mortificaba cuando no podía contener una mueca de dolor y los presentes se apercebían de ello. Sólo cuando las crisis de su enfermedad lo confinaban al lecho, faltaba a su policlínica. Cuando en algún día lluvioso y frío de invierno me atrevía a reprocharle que hubiera venido, me respondía: "no hago sino cumplir con mi deber".

Sólo me falta agregar que era un perfecto caballero, no sólo en el fondo sino en la forma. Su cultura, su don de gentes, no desdecían un ápice de sus virtudes y era imposible resistir el poder de simpatía que irradiaba de su persona y que se trasmitía a través de una conversación siempre amena, interesante y agradable en la que se transparentaba su vastísima preparación intelectual.

Este cuadro que he trazado refleja aunque imperfectamente esa vida que yo desearía que alguien con más condiciones que yo, narrara para hacerla imprimir como ejemplo para las nuevas generaciones.

Dice la placa que su memoria vive y vivirá en esta casa, pero sobre todo vive y vivirá en el servicio que fué suyo y que llevará su nombre. Todos los días hay un motivo para recordar su memoria: unas veces es un enfermo que vuelve después de años y muestra su pesar porque ya no está el viejo maestro para volverlo a curar, otras una madre, que al interrogarla nos dice con entonación que demuestra su agradecimiento: "este niño estaba casi ciego, pero el viejito me le devolvió la vista".

Han pasado más de cinco años desde el día en que abandonó para siempre su idolatrada policlínica, pero es recordado en ella por personal y pacientes como si fuera ayer el día en que después de haber visto y examinado minuciosamente hasta el último de los enfermos y de haber saludado afablemente, como era su costumbre, a todo el personal, bajó por última vez, apoyado en el brazo de la enfermera de su Servicio, la escalera del Hospital.

Discurso del Dr. Eduardo J. Couture, en nombre de la Liga Nacional contra el Alcoholismo

La Liga Nacional contra el Alcoholismo, que sabe de *mi* sincero afecto hacia ella, creyó que mi intermedio podía ser útil para hacer presente su adhesión a este acto.

Trasmíto, pues, esa palabra de vinculación de esa Liga, con el homenaje a su fundador, Sagrado desposorio de la memoria de Joaquín de Salterain con sus viejos amores. Para la Liga contra el Alcoholismo dió él su pensamiento al fundarla y su corazón y energía para mantenerla y luchar por ella.

Y esta vez el desposorio con los viejos amores, se hace en función del recuerdo, que es la única fuerza que prolonga a los hombres más allá de la vida y a pesar de la muerte.

La vida de ciertos hombres del siglo pasado es una lección para la juventud del presente. Pero la vida de Salterain sería una lección para los hombres de cualquier siglo.

Este hombre cuya memoria hoy nos convoca sólo tuvo en el libro de su vida tres palabras. Pero eran palabras como aquellas de la vieja mitología escandinava, respecto de las cuales se suponía que pronunciadas en determinadas condiciones tenían virtud suficiente como para alterar el ritmo de los astros.

Salterain esgrimió a lo largo de toda su existencia estas tres palabras capaces de destruir las matemáticas del tiempo: la verdad; el bien; la belleza.

Su verdad fué su ciencia. Solamente los dogmas de la investigación y del estudio atenúan — ya que nunca podrán extinguir — la sed de los que aman la verdad.

La historia del hombre es la historia de una lucha para descubrir los fenómenos impenetrables de la naturaleza y el augusto misterio de la vida y de la muerte. El ejercicio de la medicina no es un fin de

la vida. Es solamente un medio de incorporarse al ejército de los que desde el fondo de los siglos, luchan por penetrar en el misterio de la verdad.

Como la figura de la leyenda romántica, la persecución de la verdad es la carrera tras la fuga ansiosa de un ideal que muchas veces, al cabo de la vida, tal vez, se transforma en la alucinación celeste de un rayo de luna.

Salterain persiguió la verdad desde su ciencia. No es necesario saber si llegó a conquistarla. Muchas dudas científicas no necesitan respuesta. Se podría glosar la frase de France diciendo que es conquista suficiente haber dudado.



Hizo además el bien con mano pródiga. Ese bien de todos los días, que linda con el heroísmo. No se puede ser médico sin tener alma de héroe.

Yo que no soy médico y que por no serlo ni sentirme capacitado para serlo, admiro hondamente el sacrificio de la vida que el ejercicio de la medicina supone, me rindo ante los hombres que hacen el ejercicio intensivo de su apostolado.

En esta casa de salud, que es casa de la vida, me siento sobrecogido y extraño. Hay aquí un sentido místico del trabajo. El médico es sacerdote de un culto mil veces secular; tiene sus ritos misteriosos para los profanos, sin los cuales no es posible acercarse a la divinidad; tiene, asimismo, palabras de una liturgia que nosotros no comprendemos, y que son indispensables para el ejercicio de ese sacerdocio.

Ejercer la medicina es además ser alfarero de la vida. Es la gloria de amasarla con las propias manos. Y el hondo, el dramático heroísmo está en saber soportar el imperativo inexorable de la naturaleza cuando desde sus supremos dictados rompe el vaso en que se puso todo el amor.



Salterain tuvo además su evangelio de belleza. Las pausas de su vida las vivió para su libro de versos que José Enrique Rodó prologó con elogio. Tres veces poeta, le dijo el maestro. Y no era verdad porque Rodó lo dijera, sino que Rodó lo dijo porque era una profunda verdad.

Fué el poeta de su vida, de su familia y de sus semejantes.

Su mejor poema fué el mismo. Verdad, bien, belleza, fueron su mejor poema de amor.



Inconcientemente llega hasta mí un verso suyo aprendido en la infancia, porque quién sabe qué mano amorosa lo puso entre las brumas del tiempo, en los libros que conocimos en la escuela. Recuerdo que su verso decía:

¡Las madres y los hijos! Desde el fondo de mi alma y de mi ser, yo bendigo la vida, la esperanza, el infinito, el bien.



Bendición de la vida, bendición de la esperanza, bendición del infinito y del bien. ¿Qué mejor salmo para terminar de vivir?

¿Qué mejor exclamación para resumir una vida? Morir como Goethe, después de haber reclamado una luz que es la alborada del nuevo día que nos espera del otro lado de la muerte, es excelso privilegio de Dios.

•

El Dr. Joaquín de Salterain en la "Liga Uruguaya contra la Tuberculosis", por el Dr. Alejandro Fernández

El nombre del Dr. Joaquín de Salterain estará siempre vinculado al de la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis; porque además de ser su fundador, dedicó por varios años sus mejores entusiasmos, su vasta ilustración, su fe y su abnegación a formar y desarrollar la Institución, que constituyó un alto ideal en su vida.

Se propuso, ante todo, difundir o popularizar los conocimientos de higiene pública y social, convencido de que esa era la base para luchar contra las enfermedades infectocontagiosas y especialmente contra la tuberculosis.

Enseñar por la doctrina y la práctica que el contagio era evitable y más evitable aun el desarrollo de la enfermedad (tuberculosis) despistada a tiempo, era situar el problema justamente en los términos que hoy lo comprendemos, desarrollando la acción preventiva, en todas sus facetas.

Ese fué el vasto programa que hizo efectivo desde la Liga, y que seguirá siendo hoy mismo la acción más eficaz en la lucha antituberculosa.

Para justipreciar la clarovidencia de Salterain y el valor de su obra, es necesario reseñar, aunque sea someramente, algunos antecedentes o manifestaciones del pensamiento americano respecto a la tuberculosis en aquellos tiempos.

Es con el principio de nuestro siglo XX, que se inicia la lucha antituberculosa, en los países Latino Americanos.

Hasta entonces una que otra voz se levantó para denunciar el terrible azote de la peste blanca, que hacia víctimas en todas las clases sociales.

En la Argentina, el destacado hombre de ciencia Dr. Emilio R. Coni, fué uno de los primeros en dar el grito de alerta, y ya en 1892 hizo sancionar una ordenanza que prohibía la admisión de tuberculosos pulmonares en los Hospitales comunes, siempre que no fuesen en salas especiales.

En la Argentina, en Noviembre de 1893, y en el Uruguay en 1896, dicha enfermedad fué incluida entre las que debiera hacerse la denuncia obligatoria.

Fué el primer paso de legislación positiva en la profilaxis de la tuberculosis dado en la América Latina.

En 1898, otro médico argentino, el Dr. Enrique Tornú, bosquejó un plan de lucha antituberculosa, e inició la publicación de una Revista, "La Profilaxia", con el mismo fin.

Este abnegado médico, fué vencido por la misma enfermedad, que quiso combatir, y cayó cuando recién había publicado tres números de su Revista.

En homenaje a su memoria, el más moderno hospital para tuberculosos de Buenos Aires, lleva su nombre.

Es recién en el Primer Congreso Médico Latino Americano efectuado en Santiago de Chile, en 1901, cuando se concreta el pensamiento de abordar la lucha contra el terrible flagelo en forma amplia, votándose conclusiones importantes.

En ese mismo Congreso se constituyó una Comisión Internacional Permanente para la profilaxia de la tuberculosis en la América Latina, de la cual fué nombrado Presidente el Dr. Enrique R. Coni, con delegados de todos los países, debiendo representar al Uruguay, en esa Comisión Internacional, los Dres. Joaquín de Salterain y Ernesto Fernández Espiro.

Fué bien elegida nuestra representación. El Dr. Fernández Espiro, higienista especializado, dedicó toda su vida y su ciencia a servir al país, como defensor de la higiene pública, desde distintos puestos importantes y fué un colaborador eficaz y constante de su compañero de delegación.

El Dr. Joaquín de Salterain, espíritu cultísimo, poeta, orador y también de gran corazón; se trazó, en esa oportunidad, un plan de acción que llevó a nuestro país a ocupar el primer puesto entre los países representados en el Congreso de Chile.

Para alcanzar ese resultado luchó y trabajó con fe en la grandeza de la obra que realizaba.

El 10 de Mayo de 1902, el Dr. Salterain dió en el Ateneo de Montevideo, una conferencia planeando la organización de la lucha antituberculosa en nuestro país. Asistió a ella un auditorio numeroso y selecto, que aplaudió con entusiasmo la brillante disertación, y esa misma noche quedó designada una Comisión Provisoria encargada de

redactar los Estatutos de la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis. cuya creación propuso el Dr. Salterain.

La Comisión Provisoria, compuesta por cuatro médicos: los Dres. Joaquín Salterain, Ernesto Fernández Espiro, Gabriel Honoré y Juan Crispo Brandis, presentó a los pocos días, a la Comisión del Ateneo, el proyecto de Estatutos, que fué aceptado en sesión el 16 de Junio por esta Comisión.

Se convocó de inmediato una gran asamblea de las personas que se habían asociado a la idea, las cuales reunidas el 16 de Julio de 1902, en el Ateneo de Montevideo, sancionaron los Estatutos presentados, quedando fundada la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis.

En el mismo acto se procedió a elegir la Comisión Directiva que quedó constituida en la siguiente forma:

Titulares: Presidente, Dr. Joaquín de Salterain; 1er. Vice, Dr. Ernesto Fernández Espiro; 2º Vice, Dr. Joaquín Demicheri; Secretarios, Dr. Manuel Ferreira, Dr. Ramón Montero Paullier; Tesorero, D. Juan A. Palma; Vocales: Dr. Luis Piñeyro del Campo, Alej. Rossell y Rius, Luis Ignacio García.

Suplentes: Dr. Juan Crispo Brandis, Dr. Manuel Quintela, Dr. Arturo Garabelli, Dr. José Brito Foresti, Dr. Pedro Figari, Belermindo Tejada, Alejandro Beiso, Monseñor Eusebio De León, Félix Ortiz de Taranco.

Comisión Fiscal: Ladislao Rubio, Juan M. Mailhos, Orlando Rívero, Eugenio Legrand, José A. Martinelli, Luis Puig.

Y anoto aquí sus nombres como homenaje a los fundadores de la gran Institución.

Puestos a la obra, el Dr. Salterain se dedica por entero a ella y en pocos años realiza lo que, en otros países más fuertes económicamente y a pesar del esfuerzo de sus mejores hombres, no pudieron alcanzar.

La clarovidencia de Salterain lo hace un maestro de higiene pública y social que predica desde todas las tribunas.

Funda de inmediato una Revista de higiene social, "La Tuberculosis", como órgano de la Liga. Publica sus cuadros Estadísticos, denominándolos "Boletín demográfico de Montevideo", que continúa mes a mes, durante varios años, estudiando la movilidad y mortalidad en el Uruguay, con una regularidad y perseverancia como nadie lo había hecho en nuestro medio. Es cierto que se habían publicado la

Estadística Sanitaria por el Dr. Joaquín Canabal, entonces Presidente del Consejo de Higiene, y que comprendía del año 1887 a 1896, siendo do ésta una obra de aliento muy meritoria, pero fué Salterain quien vulgarizó esos conocimientos con la Revista Médica del Uruguay y su Boletín de la Liga. 124232

En la prensa diaria y en la tribuna se repetía la prédica por él y sus colaboradores, dando además ciclos de conferencias llenas de enseñanzas prácticas y consejos útiles al alcance de todos; publica folletos, cartillas, volantes, carteles murales, etc., que reparte por millares en todo el país. 124232

Pero sería largo enumerar lo que día a día realizaba este trabajador insigne.

El Dr. Salterain estuvo al frente de la Liga durante ocho años, es decir hasta el 29 de Julio de 1910, fecha en que lo sustituyó en la presidencia el Sr. Alejo Rosell y Rius.

Respecto a su obra práctica en la organización de los distintos servicios de la Liga, creo suficiente transcribir un juicio concreto y autorizado que se dió en el 3er. Congreso Médico de Rio Janeiro de 1909, por el Presidente de la Comisión Internacional Latino Americana de la lucha contra la Tuberculosis, Dr. Emilio R. Coni, en el informe respecto a nuestro país. Dice lo siguiente: "El Uruguay, señores, merece especial mención, pues ocupa un lugar de primera fila en esta moderna cruzada de higiene social.

"La Liga Uruguaya, fundada y dirigida por un verdadero apóstol, el ilustrado y abnegado Dr. Joaquín de Salterain, ha conseguido más que ningún otro país, interesar y atraer el concurso privado y oficial. Su magnífico edificio de la calle Magallanes, elevado en el centro de Montevideo, donado por la munificencia de un filántropo anónimo, dotado de toda clase de comodidades y confort, laboratorio, baños públicos, lavadero, instalaciones para desinfección, etc., se completa con otros tres dispensarios en la capital y cinco más en las capitales de los Departamentos."

Y en 1920, en carta dirigida al Dr. Salterain confirma la misma opinión y agrega: "Su órgano de publicidad "La Tuberculosis" revela la importancia del actual armamento antituberculoso uruguayo.

En la capitaol: cuatro dispensarios, un sanatorio, una escuela al aire libre, cinco subestaciones para repartir alimentos y distribución domiciliaria por medio de vehículos apropiados, contribuyendo también al sostenimiento de la "copa de leche" en varias escuelas. En los de-



partamentos tiene diez y seis dispensarios, organizados, dos sanatorios, copa de leche en catorce escuelas y una escuela al aire libre."

Otras proyecciones tuvo su obra, como la propaganda antialcohólica, para la cual constituyó la Liga Antialcohólica que aun hoy, su digna compañera, la Sra. Manuela Herrera de Salterain, preside.

Hoy tiene también la Liga su gran Preventorio de la Avenida Larrañaga para pretuberculosos, con 300 camas, y que puede parangonarse con los mejores del mundo. Además, continúa socorriendo e higienizando a los hogares de tuberculosos hospitalizados y retirando sus niños del foco de contagio.

Las Comisiones de Damas, fueron para la Liga, grandes colaboradoras, en todos los tiempos, y de su acción, pueden estar orgullosas las damas uruguayas, que contribuyeron con su abnegación, a formar y sostener esa Institución, que además del bien realizado, hace honor al país.

Toda esa organización, se la debemos, en su iniciación, al esclafecido Dr. Joaquín de Salterain, que con su exquisito trato social y su inspiración de benefactor, supo encontrar las fuentes de recursos en el corazón humano, como los viejos poetas los acordes infinitos en su lira.

Por su labor de médico, higienista y filántropo, merece perdurar su nombre en el bronce, como gratitud y como ejemplo, entre los más altos valores intelectuales y morales de nuestro pueblo.
